

## Donde la tierra se mueve y los restauradores se juntan

Daniela Ortega Espinoza

Xalostoc es un buen condensador de las experiencias que viví como brigadista restauradora. Para mí es verdad que el 19 de septiembre marca un antes y un después, porque junto con la tierra se movieron muchas cosas que nunca volverán a estar en el mismo sitio ni en la misma forma. Las palabras casi nunca bastan para expresar todo lo vivido, menos cuando son muy técnicas y formales (como la disciplina de la restauración lo exige a veces), en esta ocasión me permito retomar algunas frases del texto que Juan Villoro escribió el 22 de septiembre, y que en esos días de desasosiego posteriores al sismo a muchos nos hicieron eco.

Para atender la cantidad enorme de bienes culturales que resultaron dañados por el sismo, los restauradores que formábamos parte de la CNCPC-INAH fuimos comisionados a los diferentes estados afectados, para integrarnos a las brigadas de atención que los Centros INAH regionales coordinaban. Recuerdo que en los días previos a irme a Morelos, se barajaban en mi cabeza toda clase de escenarios posibles, alimentados por las imágenes tan impactantes de templos destruidos y bóvedas colapsadas que circulaban por las redes sociales. La más persistente de ellas me situaba portando el casco y chaleco de seguridad proporcionado por mi centro de trabajo, en un escenario de desastre tratando de rescatar algún santo sepultado o algún fragmento de aplanado con pintura mural, algo así como un topo<sup>1</sup> del patrimonio cultural. Incluso cargaba conmigo una maleta con enseres básicos de supervivencia en caso de quedar atrapada en un derrumbe. “¿Queda cupo para los héroes en septiembre?” (Villoro, 2017).

A los dos días de haberme incorporado a las brigadas, de esa imagen ya no quedaba nada, la realidad me había mostrado dos cosas: La primera es que las tragedias tienen el enorme poder de movilizar a la gente, la colectividad se vuelve entonces una fuerza autónoma capaz de resolver lo que considera prioritario sin necesidad de esperar la respuesta institucional ni las indicaciones de especialistas. “Eres del lugar donde recoges la basura / Donde dos rayos caen en el mismo sitio / porque viste el primero, esperas el segundo / Y aquí sigues, donde la tierra se abre y la gente se junta” (Villoro, 2017).

---

<sup>1</sup> Los llamados coloquialmente topes son rescatistas voluntarios integrantes de la Brigada Internacional de Rescate Tlatelolco Azteca A.C, surgida a partir del 19 de septiembre de 1985.

Para el tema que nos ocupa esto quiere decir que al llegar a los templos que habían sufrido daños, nos encontrábamos con que la gente había sacado ya sus imágenes sagradas y las resguardaba en todo aquel lugar que considerara seguro, esto podía incluir en cada comunidad la casa parroquial, el estacionamiento de un hotel en obra negra, la sala del párroco, el cuarto anexo a la ayudantía municipal, el mejor cuarto en la casa del mayordomo, o todas las anteriores.

La segunda es que el INAH es una gran institución, con grandes fortalezas y también debilidades, con mucha responsabilidad y tareas a su cargo y pocos recursos... y con muchos procedimientos a seguir. Así funcionan las instituciones, lo urgente no coincide siempre con lo importante. Así que en este caso la respuesta institucional se volcó en un procedimiento con intenciones de ser muy estructurado, aunque es de por sí difícil serlo ante un reto de tales magnitudes como el que enfrentaba el INAH con un total de 1821 inmuebles dañados (Narcia, 2017). Los brigadistas entonces fuimos encomendados, en un primer momento, a realizar visitas de reconocimiento de daños que tenían por objetivo principal registrar los deterioros ocurridos al patrimonio cultural con motivo del sismo del 19 de septiembre. La información recabada en cada sitio nos permitía saber qué se había dañado para poder determinar qué se necesitaba para restaurarlo y cuánto costaba hacerlo. Es decir, la atención se dirigió a generar toda la documentación necesaria para poder acceder a los recursos financieros que tanto el gobierno (a través del APIN primero, y el FONDEN después) como el seguro del INAH aportarían para la restauración y reconstrucción del patrimonio dañado. Esto ciertamente era un procedimiento urgente (puesto que los plazos para solicitar los recursos eran muy cortos) y necesario (¿de qué otro modo se podrían llevar a cabo los proyectos de reconstrucción y restauración?).

Pero no era lo único importante. Había también que actuar de alguna forma, intervenir, usar las manos, responder de manera práctica y palpable ante el desastre, aliviar de alguna forma la angustia y tristeza que se reflejaba en la mirada y las palabras de la gente que veía sus objetos y lugares valiosos destruidos y en ocasiones dañándose cada día más (sucedía en varios sitios que ante el colapso de las estructuras arquitectónicas los bienes inmuebles por destino quedaron expuestos a la inclemencia de la lluvia o el intenso sol). Porque llegar con la camiseta de experto a un sitio destruido y tomar muchas fotos y entrevistar a la gente y asegurar que algo se iba a resolver y pedirles paciencia y confianza no era suficiente. Hacía falta involucrarse, convertirse en una mano más que ayuda, en una cabeza que puede ingeniar una solución factible, en un especialista que

trabaja aún en condiciones adversas (incluso con cierto grado manejable de riesgo) y que hace lo que puede con lo que tiene y sabe. “Tienes miedo / Tienes el valor de tener miedo / No sabes qué hacer, pero haces algo” (Villoro, 2017).

Y Xalostoc fue eso. Fue la voluntad de ayudar y contribuir de una forma mucho más directa. Fue un modo de solidarizarnos con la gente, desde nuestro campo de acción, pero sin limitarnos a nuestro papeleo. Creo que los restauradores tenemos una oportunidad única y valiosa de conectar con la gente y contribuir de forma muy sutil a cuestiones tan profundas como el bienestar, la esperanza, la confianza y el empoderamiento colectivo. Indirectamente hacemos eso al tratar sus objetos importantes, al ayudar a que sigan permaneciendo y cumpliendo sus roles dentro de la comunidad. “Eres si acaso, un pordiosero de la historia / El que recoge desperdicios después de la tragedia / El que acomoda ladrillos, junta piedras, encuentra un peine / El que ordena partes sueltas, trozos de trozos, restos, solo restos / Lo que cabe en las manos” (Villoro, 2017).

Al final las instituciones están hechas por personas. Personas tratando de ayudar a otras personas. “Donde la tierra se abre y la gente se junta” (Villoro, 2017).

FIN